
PLANTAS MEDICINALES DEL SUR DE CHILE EN LA ÉPOCA COLONIAL. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA HISTORIA AMBIENTAL HACIA EL CONOCIMIENTO SOCIONATURAL (1646-1732)^{*, **}

MEDICINAL PLANTS OF SOUTHERN CHILE IN THE COLONIAL AGE. AN APPROACH FROM ENVIRONMENTAL HISTORY TO SOCIO-NATURAL KNOWLEDGE (1646-1732).

Matteo Sartori***

Resumen

En este artículo se pretende proponer el tema de los saberes curativos naturales como un asunto relevante para la historia ambiental, en cuanto constituyen una forma de relación entre la humanidad y la naturaleza, recurriendo además a las herramientas propuestas por la historia del conocimiento. A partir de este cruce teórico, se quiere abordar la historicidad de los conocimientos acerca de las plantas medicinales chilenas investigando su aproximación en el transcurso de los siglos XVII y XVIII por parte de cuatro autores que las describieron en sus obras: Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Louis Feuillée y Amédée François Frézier.

Palabras clave: plantas medicinales, historia ambiental, historia del conocimiento, Chile colonial.

Abstract

The aim of this article is to propose the topic of natural medicinal knowledge as a relevant issue for Environmental History, insofar as they constitute a form of relationship between humanity and nature, also resorting to the tools proposed by the History of Knowledge. Starting from this theoretical crossing, the intention is to address the historicity of the knowledge about Chilean medicinal plants, investigating their approach between the 17th century and the beginning of the 18th centuries by the four authors who described them in their works: Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Louis Feuillée and Amédée François Frézier.

Keywords: medicinal plants, environmental history, history of knowledge, colonial Chile.

Fecha de recepción: 21-12-2020 Fecha de aceptación: 31-05-2021

En el mural "Historia de la medicina y la farmacia en Chile" (1957), ubicado en Concepción, es posible observar más allá del indudable valor artístico, algunos temas fundamentales que vinculan la historia de la humanidad con el ambiente, como, entre otros, las plantas medicinales (o hierbas y plantas sanadoras), es decir el recurso principal de la medicina en la época moderna, y sus formas de conocimiento.

La obra, creada por Julio Escámez a mediados del siglo XX y probablemente inspirada en una pintura mexicana similar, se compone de tres secciones principales, donde el primer cuadro a la izquierda representa la medicina prehispánica; el paño central, la colonial y, en el costado derecho la medicina en la república. Dejando de lado el último cuadro por razones cronológicas, es interesante para este artículo enfocarse en el primero y en el segundo. En la parte sobre la época anterior a la llegada de los españoles, se ve a la

izquierda una mujer mapuche bajo un árbol de boldo (*Peumus boldus*; Muñoz-Schick, 2012; Rodríguez *et al.*, 2018) (Figura 1) que recoge hojas. Mientras en la parte derecha de la pintura, al lado de unos jinetes, se está haciendo un nguillatún (Figura 2). También el cuadro central es dividido temáticamente en dos. Esta vez de manera más precisa, hay un muro de un edificio religioso que separa el mundo de los clérigos, a la izquierda, del correspondiente a los legos, a la derecha (Figura 3). En el monasterio se distingue a unos sacerdotes recogiendo las plantas medicinales cosechadas otros, que están preparando pócmias, las plantas secas almacenadas en orden en unos estantes, y un tercer grupo se ubica leyendo y estudiando algunos libros (Figura 4). Mientras, más allá de la muralla, hay una curandera mapuche mezclando hierbas para curar un enfermo (Figura 5), aunque dos mujeres le están pidiendo a un jinete que vaya a llamar un cura porque podría morir, por lo menos esa es la interpretación común (Cabello C., 2019).

* Este trabajo se enmarca en el proyecto Conicyt-Anillos: Geohumanities and creative (bio)geographies approaching sustainability and co-conservation by "rhizomatic immersion" Pía Conicyt SOC 180040.

** Trabajo financiado por ANID, Beca Doctorado Nacional 2021 N°21210819.

*** Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Concepción. Concepción, Chile. Correo electrónico: matteosartori1988@gmail.com

Ya en esa sucinta descripción se pueden destacar algunos elementos relevantes de la relación entre el mundo natural y humano, condensada y simbolizada por las hierbas sanadoras. En primer lugar, se muestra la atención hacia algunas plantas, en este caso el boldo, quizás el árbol curativo par *excellence* del Chile, ahora cultivado hasta en África y en Europa (Tacón, 1999); y en la representación del uso de las plantas se hace referencia a su capacidad terapéutica, aunque no quede claro aquí su valor, probablemente más eficaz en la sección prehispánica que en la colonial. Luego, se puede destacar un enfoque hacia la formación del conocimiento, donde en la primera parte se ve a la mujer en el bosque rodeada por la naturaleza, mientras

en el otro fragmento los clérigos estudian las plantas en los libros del segundo piso del monasterio, rodeados de la muralla. En tercer lugar, se distingue en esta misma diferencia otro elemento clave: mientras el conocimiento de los indígenas vuelve a la naturaleza (el nguillatún de la segunda sección), el saber adquirido por los religiosos se separa del contexto socioambiental donde se encuentran las plantas. Es decir que parece haber una fractura entre el conocimiento con la naturaleza y la sociedad: una vez más el muro, entre el monasterio y la comunidad es significativo, a pesar de ser, probablemente, más una representación del *hortus conclusus* medieval, elemento típico de muchos monasterios.

Figura 1
Mural Historia de la medicina y la farmacia en Chile.



En la primera parte una mujer mapuche toma unas hojas de boldo.

Fotografía de Fernando Venegas E. (2016).

Figura 2
Mural Historia de la medicina y la farmacia en Chile.



En la parte derecha de la época prehispánica se muestra la preparación de un nguillatún
Fotografía de Fernando Venegas E. (2016).

Figura 3
Mural Historia de la medicina y la farmacia en Chile.



En la parte central se ve la época colonial
Fotografía de Fernando Venegas E. (2016).

Figura 4
Mural Historia de la medicina y la farmacia en Chile.



En la parte central se ve a los sacerdotes leer libros relacionados con las plantas medicinales.

Fotografía de Fernando Venegas E. (2016).

Este trabajo sigue, entonces las trayectorias ya señaladas por Clarence Glacken (1996; 2017) y Richard Grove, de poner las temáticas botánicas dentro de la historia ambiental. Concretamente ese último señala que “el campo de la ‘historia ambiental’ probablemente representa un área de debate más apropiada dentro del cual establecer encuestas de la historia del contacto entre cuerpos de conocimiento nocionalmente discretos (...) sobre la naturaleza y la botánica en particular” (Grove, 1996: 78), como hizo, recientemente, Johann Bishop en su tesis doctoral (2014). Más en específico, se quiere insinuar la historia del conocimiento, en su formulación reciente, interpretada menos como subcampo historiográfico y más como perspectiva transversal de investigación (Burke, 2020), dentro de la historia ambiental, para poder avanzar en un tema que atrae desde siempre y hasta hoy muchas atenciones (Medina, 2009; Jiménez *et al.*, 2016; Díaz-Forestier *et al.*, 2019).

Es en el mismo conocimiento acerca de las plantas sanadoras chilenas, y su específica forma codificada (es decir su presentación bajo forma de libro) que se despliega la hipótesis de fondo de esta investigación: el entramado de conocimientos que toma forma en el transcurso de los siglos XVII y XVIII deja entrever algunas facetas, algunos matices de la relación entre sociedad y ambiente, entre cultura y medio natural (Cronon, 1990). Ya después de la llegada de Magallanes (1520) y de Francis Drake (1578), pero sobre todo posteriormente a la publicación de la obra de Alonso de Ovalle (1646), se dan a conocer los usos medicinales de la flora chilena en un contexto cultural que vincula

los dos continentes, el americano y el europeo (Schiebinger, 2004; Cañizares-Esguerra, 2018). Es en esta dinámica atlántica que puede emerger el proceso de conocimiento como una relación cultural entre el saber y la ignorancia (Verbugt 2020).

El objetivo es investigar el saber letrado, una de las formas de conocimiento (Östling *et al.*, 2020) de las hierbas sanadoras, como una relación que se establece tanto con la naturaleza como con la comunidad local, capaz de arrojar nuevas luces sobre los procesos culturales que conlleva una construcción del saber botánico-medicinal (Čermáková y Černá, 2018). En general, se quiere interpretar el conocimiento más como proceso que como producto y teniendo en cuenta tanto el saber obtenido cuanto la ignorancia (Schiebinger, 2004; Mulsow-Daston, 2019; Östling-Heidenblad 2020; Verbugt, 2020). Los objetivos se plantean teniendo en cuenta tanto la relación humano-natural que se desprende en el conocimiento botánico-medicinal y las trayectorias atlánticas y globales en que se desarrolla. En primer lugar, se pretende ver hacia qué plantas estaba dirigida la atención y qué valor se daba a su eficacia; en segundo lugar, cómo se construye el conocimiento en semejanza con otras floras, los conocimientos publicados y los saberes locales. En tercer lugar, si en el desarrollo del conocimiento del saber vegetal curativo se considera más relevante ubicar las plantas o bien saber el nombre y la importancia que se da al saber local, considerando, en ese último asunto, el rol que juega cuando no se conoce.

Figura 5
Mural Historia de la medicina y la farmacia en Chile.



Particular de la parte central, en que se destaca una mujer mapuche preparar una cura con hierbas medicinales.
Fotografía de Fernando Venegas E. (2016).

Las fuentes elegidas son las obras textuales que constituyen los primeros hitos de los conocimientos publicados de historia natural sobre las plantas medicinales chilenas. Alonso de Ovalle en 1646 escribe sus dos versiones principales de la Histórica relación del Reyno de Chile/ Historica relatione del Regno di Cile y la Tabula geographica regni Chile (su versión más grande de la que es incluida en su obra); los dos escritos de Diego de Rosales, Historia general del Reyno de Chile y su Sumario, redactados a fines del siglo XVII; los relatos de los viajes de Louis Feuillée, Journal des observations physiques, mathématiques, et botaniques (1714;I-II; 1725;III), y de Amédée Frezier, Relation du voyage de la mer du Sud aux côtes du Chili, du Pérou et de Brésil (1716; 1732).

Desde una perspectiva interpretativa, se quiere ver en estas fuentes, en la primera parte, qué plantas y cuáles valores se atribuían a su eficacia, si la atención estaba dirigida más hacia el tema terapéutico o milagroso. En la segunda parte se investigan las maneras de conocer las plantas, el rol del dato bibliográfico, la analogía con otras especies y el aporte de los actores locales. En la tercera parte se subraya el vínculo entre conocimiento y no conocimiento: la importancia adquirida por quién utilizaba las plantas, por la ubicación misma y el nombre de cada hierba medicinal. Por último, en las conclusiones se trata de considerar las múltiples dinámicas desarrolladas en los procesos de conocimiento como una posibilidad de comprender algunos rasgos de la relación entre la humanidad y la naturaleza, a través del saber botánico-medicinal.

1. Qué plantas y cuáles son los atributos de su eficacia

Sin recorrer todo el proceso de gestación de la Histórica relación de Alonso de Ovalle (Ferrecio, 1970; Massmann, 2019), es evidente que en su obra en general, hay una atención hacia los aspectos maravillosos de la naturaleza (Udías, 2015; Cerna, 2019) y al mismo tiempo, las primeras informaciones sobre plantas chilenas. Son solo tres las plantas nativas que nombra, mientras hay muchas de Europa que ya se habían traído al continente americano y de las cuales el padre elogia su gran productividad (1646a: 46). El quinchamalí (género *Quinchamalium*) y el culén (*Otholobium glandulosum*), son la únicas dos plantas de las cuales el autor santiaguino recordaba su nombre (él mismo o quien le dio la información), mientras que de una tercera solamente dijo los efectos y otras pocas informaciones adicionales (1646a: 6-8); de igual manera se puede ver en el mapa en versión extendida destinado al rey Felipe IV¹: Ovalle nombra las mismas plantas, las dos que conocía de nombre, con un pequeño dibujo, primera reproducción

visual de la flora chilena (1646c; Burdick, 2017). Mientras no aparecen los otros árboles que nombra después en su obra, como el guayacán, el sándalo, las palmas, etc. de los cuales repite que el mayor conocimiento se encuentra entre los indígenas (1646a: 56-57). Si bien las plantas autóctonas reciben una gran atención mal balanceada por un contenido de poca monta, al contrario, las plantas europeas traídas a Chile son apenas citadas pues ya eran bien conocidas, y suman un número definitivamente mayor, como mayor es la producción de fruta según la descripción (¿o exaltación?) del jesuita (1646a: 56). El conocimiento de las plantas por el padre Ovalle es más profundo y seguro en la flora europea que en la de su propia tierra, pero el valor de la eficacia según el sacerdote, es casi igual a la maravilla con que él describió el muy bien conocido árbol de Limache (Venegas, 2000). En general, en los discursos del conocimiento que tenían los indígenas, es muy elogiado, así como su capacidad de curar los enfermos es apreciada tanto por los indígenas, como por los españoles (Venegas, 2014). El dato aquí valioso es sin embargo otro: el cura afirmó que había tantas hierbas medicinales, que los/las machi sabían traer de ellas “admirables” efectos y que es por “ser tan prodigiosas” que nombra algunas de ellas. En relación con eso, narró una experiencia de cómo una machi sanó a un hombre muy enfermo, logrando algo que ningún médico español había podido hacer (1646a: 6). De manera coherente al estilo de la obra, entonces, el carácter maravilloso de la naturaleza chilena de Ovalle va desde la cruz de Limache, pasa por la sanación indígena y llega hasta las plantas sanadoras: el Quinchamalí cura con “con mucha priessa y efficacia”; el Culén da “admirables efectos de su efficacia y virtud”, es una “cosa maravillosa”; y la tercera yerba, con el nombre desconocido, que podría ser la cachanlagua (*Centaurium cachanlahuen*), es “admirable” para sanar.

Asimismo en la primera obra de Diego de Rosales, el valor terapéutico de las plantas se describe en términos parecidos, aunque es clara la forma y el estilo más racional (Prieto, 2016). Su relato comprende los mismos años y está en correspondencia con el padre Ovalle, pero en la Historia general hay un número impresionante de plantas medicinales, una cantidad que no sería superada sino siglos después. No obstante, más allá de la suma de las plantas, lo que destaca la gran variedad y no solo nativas, sino también nuevas. Este hecho testimonia que, aunque Ovalle tenía un gran interés por la flora autóctona, su conocimiento era muy profundo, pues no lo logró aumentar por no estar escribiendo en Chile, como dijo razonablemente el mismo santiaguino. En la obra de Rosales se obtiene la convergencia entre la atención y el saber, si bien se trató de una recopilación de distintas fuentes hecha por el jesuita (Prieto, 2016: 213-215), y que no llegó a conocer todas las hierbas directamente o en profundidad. Este dato después será tomado en la debida consideración. De todas

1 El mapa, cuyas dimensiones son de 57,4 cm × 116,3 cm, es una representación visualizada del territorio chileno, donde se destacan la naturaleza (volcanes, ríos, plantas, islas, animales) y aspectos urbanos (como la planta de la ciudad de Santiago).

maneras, si bien en el autor de la Historia general se puede apreciar una menor propensión a la exaltación portentosa de la naturaleza chilena, en sus páginas sobre las plantas medicinales aún se advierte el soplo del milagro. En los cuatros capítulos donde el jesuita habla de las propiedades terapéuticas de la flora de Chile, el aspecto maravilloso de la eficaz terapéutica de las plantas chilenas constituye casi una constante, llegando a utilizar prácticamente todo el vocabulario disponible en ese entonces. El conjunto de adjetivos que empleó constituye, puestos en secuencia, un clímax bastante sorprendente: la yerba puede ser “útil”, “eficaz”, “admirable”, “buen remedio”, “muy útil”, “muy eficaz”, “muy admirable”, “muy medicinal”, “utilísima”, “provechosísima”, “eficacísima”, “un gran remedio”, “de mayor virtud”, “la mejor medicina”, “una cura milagrosa”, “universal medicina” (1877;I:222-250).

Tomando la obra de los franceses Louis Feuillée y Amédée Frezier, aun se pueden encontrar palabras de estupor, de asombro y de maravilla para describir los efectos de las plantas, pero con una frecuencia y una importancia muy inferior con respecto a los dos jesuitas. En orden cronológico, el primero limita el carácter milagroso a unas pocas plantas, todas nativas chilenas, diciendo que hay una planta “admirable” que tiene un “éxito asombroso”; otra que posee un “buen efecto”; otras que son “de gran socorro”; de “admirables cualidades”; que es un purgativo o un vulnerable excelente o que, en fin, es un remedio maravilloso y soberano. En general, frente a las muchas hierbas y árboles descritos, el número de descripciones en que el efecto es destacado es muy menor respecto con los otros dos autores, así como los adjetivos mismos tienen un perfil menos sorprendente (1714;II:705-766; 1725;III:4-70). Lo que escribió el padre Feuillée, sacerdote de la orden de los Mínimos, es relevante también en el número de las plantas nuevas, si bien inferior al total de Rosales, pero no significativamente por debajo en relación con las bien conocidas, directamente o en detalle por el jesuita madrileño.

El trabajo de Frezier puede demostrar cómo había igualmente atención tanto en las plantas ya conocidas (sobre todo la aromáticas y medicinales que reconocía como existentes también en Francia), pero hay siempre un balance entre las plantas nativas (o nuevas) y las europeas. Al mismo tiempo entrega un mayor detalle de la flora autóctona, por lo que no cabe duda de que el interés se había quedado definitivamente en el saber hacia las nuevas plantas, más que en la mayor producción y en el mejor conocimiento que se había observado en Ovalle. Además, debido al menor tiempo de su estadía, a sus probablemente inferiores estudios botánicos y médicos y, en general, a distintos intereses, las plantas curativas de que habla Amédée Frezier son pocas, casi la mitad de Feuillée y un cuarto de todas las de Rosales. Cabe destacar también que muy raramente en la

descripción que hizo de las virtudes medicinales se encuentran los adjetivos entusiastas de Ovalle o de Rosales. En su Relation du voyage se indica que unas plantas son “admirable”; “infalible”; “que alivia mucho”; que tienen un “efecto sorprendente”; de “gran uso”; “muy buena”, pero no se recurre a los superlativos, al milagro, al provecho o al portento como en los dos jesuitas del siglo XVII. Ese cambio podría relacionarse con la posible distinta cultura o procedencia geográfica de los autores, pero hay que tener en cuenta el Sumario que el mismo Rosales escribió por su propia mano y en que casi todos los efectos milagrosos de las plantas ya no aparecen más, o figuran de todas maneras, pero con una relevancia definitivamente menor que en la obra originaria, quedando calificativos como alguna yerba “eficaz”, de “diferentes virtudes”, “utilísima y otra más”, “admirable”. En general, entonces el nivel de sorpresa, de maravilla ya en Rosales aparece disminuir y eso es todavía más relevante si se piensa que el resumen que estaba haciendo era el último intento para ver publicada su obra, después que no lo había logrado con su versión más larga (Donoso Rodríguez, 2019).

2. Cómo se conocían las plantas: analogía y conocimientos locales

Ahora bien, la importancia de la eficacia y del valor terapéutico disminuyó paulatinamente, sin desaparecer completamente. La explicación más probable de este cambio reside coherentemente en una tendencia más científicista ya esbozada en el Sumario de Rosales o en un mayor interés hacia el conocimiento de la flora en sí misma. La relevancia yacía más en el conocimiento y, eventualmente, en el no conocimiento, en lo que todavía se ignoraba. Ese proceso, tanto en relación con el interés como con el conocimiento (por lo menos su circulación) sobre las plantas autóctonas de Chile, que a los ojos de los españoles y europeos en general era algo novedoso, estaba en expansión entre finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII.

La semejanza juega un papel importante y es un aspecto constante en la descripción de Ovalle de las hojas del culén, parecida a las de la albahaca, hasta Frezier, con el molle (*Schinus latifolius*) que “tiene la hoja más o menos como la acacia” (1717: 109). Asimismo, con los nombres científicos elaborados por Feuillée, moldeados sobre la apariencia similar entre las plantas. La relación entre hierbas y árboles para la descripción era un trato constante, como en el caso del “lebo” o lampazo (*Senecio fistulosus*) de Rosales, que tiene la hoja “como la de la borraja” y “el tallo hueco como el del hinojo” (1877;I:244); o como en el ejemplo quizá más ilustrativo del quinchamalí, que para Feuillée tiene las hojas “similares a la de *Linaria aurea tragi*” y las flores “cortadas aproximadamente como las de jazmín” (1725;III:57-58), mientras que para Frezier es una planta parecida a la santolina (1716: 71). La semejanza se podía ver también no solo con las plantas europeas, sino también con las de Chile, como en el caso

de los dos paicos (*Dysphania ambrosioides* o *Dysphania chilensis*) descritos por Frezier, uno de Valparaíso y el otro de La Serena, donde este último “es más pequeño y aromático, y por lo tanto mejor sudorífico” (1716: 122).

En este último ejemplo se halla también otro aspecto del conocimiento que revela cómo la analogía no era solo algo que se limitaba a un nivel morfológico, sino que se extendía a sus aspectos terapéuticos, como también en el caso del “cachinlagua o pequeña Centaura” (*Centaurium cachinlahuen*), así llamada por el ingeniero francés, que le pareció “más amarga que la de Francia, y por lo tanto más abundante en sal, estimada un excelente febrífugo” (1716: 106). Si la ubicación de una planta era un elemento, un detalle importante pero no determinante para el uso curativo, es la analogía, hasta sensorial, que constituye así una evidencia o una pista para comprender las posibles propiedades medicinales, junto a otros dos medios: el conocimiento codificado en los libros y el saber no codificado, es decir el conocimiento vernáculo, cotidiano. En esta fase, que implica la primera codificación de los conocimientos y la primera aproximación racional, mientras el saber bibliográfico paulatinamente recibe siempre menos atenciones, el conocimiento vernáculo empieza a constituir un corpus de informaciones de notable dimensión; un recurso fundamental para poder entender qué plantas eran y cómo usarlas.

Los textos principales de los pioneros escritores en hablar acerca de la flora americana fueron leídos y estudiados por prácticamente todos los autores mencionados, así como las dos fuentes clásicas más importante en la edad moderna, Dioscórides y Plinio el Viejo, erigidos en modelos a seguir para describir la naturaleza. A pesar de ser conocidos y apreciados ya en Ovalle, el autor de la obra más importante sobre la materia médica hasta la edad moderna, el griego Dioscórides, aparece mencionado casi únicamente como una metáfora, más que realmente utilizado para aprender a usar las plantas autóctonas de Chile. El santiaguino hizo una referencia para describir la enorme potencialidad sanadora de la flora sudamericana, mientras que, en Rosales, al revés, en la Historia general, aparece como una fuente fiable para conocer las virtudes medicinales de la flora. Sin embargo, ya el mismo jesuita madrileño en su Sumario decidió no poner más la referencia ni a Dioscórides ni, más en general, a todos los autores que escribieron antes de él. Eso, si ya sugiere una primera dinámica cultural que luego se retomará, lleva a pensar que, entre las fuentes codificadas y el saber popular, la balanza en este plazo de tiempo se inclinó definitivamente hacia lo segundo.

Ese cambio se puede apreciar bien en la famosa controversia entre los dos autores franceses, en la cual el padre Feuillée criticó a Frezier de citar a Virgilio en la descripción del canelo (*Drimys winteri*), diciéndole, brevemente, que el

poeta romano no podía haber conocido una planta antes que se hubiese descubierto el continente americano (1725;III:VI). El dato interesante es que, como el mismo Frezier respondió a las palabras de su conterráneo, también Feuillée había hecho referencia a Virgilio (y quizás el mismo Frezier lo hizo inspirándose en él). Pero en su crítica Feuillée no incurrió en contradicción, al revés, marcó aún más claramente cuál era la fuente legitimada del saber. Hablando directamente a Frezier, le pregunta: “¿qué apariencia tiene Virgilio en estos cinco versos de la descripción de Boigue?” y luego cerró el discurso afirmando que “en el resto de mi Histoire des Plantes, describiré el uso que los indios hacen de Boigue en sus cultos supersticiosos” (1725;III: VI). La respuesta que dio Frezier, confirmó que Virgilio, así como las fuentes clásicas y hasta las modernas, dejaron de ser relevantes para el conocimiento medicinal de la flora americana: “¿No es lícito también amenizar una narración con un pasaje de Virgilio, aunque no le encaje a la perfección, tal como le pareció bien a este poeta que busca el parecido entre las hojas de Laurel y Limonero?”(1732: 10).

La relevancia del efecto maravilloso que se atribuía y se buscaba en la planta sola, por sí misma, parece así disminuir, mientras que el conocimiento de las plantas se dirigía más hacia su uso, sobre todo medicinal.

3. La relación entre sociedad y naturaleza en los conocimientos

Las plantas nombradas por Alonso de Ovalle como sanadoras son principalmente tres, de las cuales dos se conoce el nombre, indígena una, indígena y española la otra, mientras que la tercera, como ya se ha indicado, queda anónima. Para todas entrega unos renglones sobre la descripción botánica, y de acuerdo con la emergencia en esa época, de la importancia del empirismo. Añade algunas experiencias que llega a conocer sobre la curación y el efecto de las hierbas, más como evidencia de la eficacia que por otras razones (Achim, 2011). Los datos sobre dónde encontrar las plantas se pueden obtener de la edición más grande del mapa (1646c) y en el relato del Quinchamalí, en que afirma que la cura se dio en el colegio jesuita de Santiago. Igualmente, cuando se refiere a los árboles, menciona algunos que sirven como medicinales, y también de esos describe el lugar donde se crían: el guayacán, en los montes; el sándalo, en las islas de Juan Fernández, y lo mismo en el caso de las palmas, que se encuentran también en los montes (1646a: 56-57).

Tomado en su conjunto, Ovalle aparece más como una excepción en el panorama de los escritos de ese periodo, porque ya en la Historia general escrita por Diego de Rosales, se presenta una recopilación de distintas fuentes donde hay algunas plantas (en general, las de los primeros dos capítulos) que pareciese el autor conocía directamente,

y otras sobre las cuales entrega escasa información. La diferencia entre estos dos grupos principales de plantas hace surgir de las sombras algunos detalles relevantes en la consideración de la naturaleza. De las plantas mejor conocidas se reportan los nombres, la descripción botánica, la semejanza con las otras plantas, la procedencia del conocimiento, sus usos descritos en específico y la enfermedad. El autor reporta unas informaciones sobre dónde se encuentran las plantas que describe, pero no parece darle mucha relevancia. Ese aspecto es, entonces, bastante descuidado en la vegetación de la cual quedan las mejores descripciones, mientras en las plantas menos conocidas desaparece casi totalmente.

Se hace aún más evidente el carácter poco homogéneo de los datos entregados por el jesuita, fruto de un trabajo colaborativo (Prieto, 2011), pero lo que interesa es que estas plantas son consideradas dignas de mención, a pesar de la carencia de información acerca de ellas. El hecho que Diego de Rosales decide describirlas tanto en su primera redacción como en su versión resumida, conocida ahora como el *Sumario*, con pocas diferencias en el orden y en los detalles, les otorga relevancia. Aunque se pueda pensar que los pocos datos acerca de ciertas plantas se debe a la dificultad o imposibilidad de saber más sobre ellas, es justo por eso que estas descripciones dejan ver qué elementos eran considerados suficientes para conocer una planta medicinal y dejarla por escrito (en la esperanza de publicar la obra). De esas el autor dice el nombre, casi siempre indígena, y eso puede confirmar la hipótesis de una procedencia de contextos culturales específicamente nativos. A veces se entrega la descripción del aspecto y siempre se indica el efecto terapéutico. Lo que importa es el nombre y su posible uso medicinal, como cuando, en los últimos renglones de la parte dedicada a las hierbas sanadoras afirma que hay muchas plantas para curar muchas enfermedades, haciendo un listado de padecimientos a los que las plantas ofrecen un remedio. De todos modos, el elemento que falta en casi la totalidad de esas plantas es la indicación de dónde crecen y de dónde viene el conocimiento de su eficacia curativa.

La obra redactada por Frezier es como una relación y sigue un orden espacial y temporal preciso, pero, de casi todas las plantas nombradas como medicinales, el viajero francés escribe siempre el nombre y la aplicación médica, pero casi nunca dónde se encuentran, y solo es posible deducir, según la división de los capítulos, si están cerca de Concepción, Santiago, Valparaíso o en el norte de Chile.

La obra de Feuillée es un caso diferente: de cada planta reporta las coordenadas geográficas. Empero, una vez más, llevando la atención a las dinámicas de formación de este conocimiento, es posible ver cómo su construcción no es muy diferente de un producto de escritorio, más expresión

de un trabajo racional que de una experiencia directa y de una relación profunda con el ambiente natural y social. Analizando sus descripciones y de cuanto emerge en la diatriba surgida entre Frezier y Feuillée, se desprende que los nombres indígenas han sido escritos por un criollo; la descripción botánica fue realizada por él con la ayuda de un científico de París, según cree Frezier (1732: 12), y la ubicación es medida por él; de los usos medicinales poco, se sabe la procedencia pero se puede imaginar que la obtuvo del mismo criollo que le dio los nombres indígenas y por los clérigos con los cuales entró en contacto, como dice defendiendo la labor de los misioneros en la conversión de los indígenas (Feuillée, 1725;III:IV-V). Constituyen más elementos separados y luego unidos que la manifestación de una relación estrictamente vinculada con la naturaleza o con la realidad social local.

Sin embargo, en la discusión entre ellos se descubre un elemento destacable. Más allá del hecho que probablemente todo el debate surge de las diferentes opiniones acerca de la religiosidad indígena, las fuertes críticas que envían los dos viajeros franceses se mueven alrededor de un eje específico: el nombre de las plantas. Empieza Frezier (1716: 71) a corregir a Feuillée (1714;II:710) diciendo que la planta se llama "Liuto" y no "Lictu", pero equivocándose también él, porque Feuillée escribe "Ligtu", y no "Lictu" (*Alstroemeria ligtu*). De ahí el sacerdote francés, en el tercer volumen de su obra, contesta criticando a Frezier que el nombre correcto es "Palqui" y no "Palgli" como escribe Frezier, pero también Feuillée se equivoca: Frezier dice "Palghi", y no "Palgli" (*Cestrum parqui*). Luego discuten si es más justo "Panque" o "Panke" (género *Gunnera*), "Poquill" o "Poquell" (*Helenium glaucum*), "Cachin-Lagua" o "Laguen" según su etimología, y en fin, también con el "Unnoperquen" (*Wahlenbergia linarioides*) la discusión rodea siempre el mismo aspecto, el nombre (Feuillée, 1725;III:V). Otro tema del debate, quedando en el ámbito botánico, es el conocimiento de unas plantas por parte de Frezier, según Feuillée erróneos, y los usos del molle (que Feuillée prefiere llamar "mulli") o del "mayten" (*Maytenus boaria*) descritos por el ingeniero francés. En general, la atención principal es hacia la nomenclatura de las plantas, a pesar de la poca precisión de ambos en reportar los nombres del otro autor, y su descripción morfológica, o más en particular, la analogía con otras plantas, donde Frezier evidentemente se equivoca y luego lo admite. Se puede ver, entonces, cómo los aspectos salientes de la experiencia con una nueva flora y fauna y su conocimiento se condensan en el nombramiento y, en menor medida, se relacionan con la semejanza con las otras plantas, a menudo, y casi siempre europeas. En ambos temas el conocimiento se configura alejado de su contexto natural y social y de su uso: importan menos dónde están las plantas, dónde se usan, quién la usa; mas sí importa cómo se llaman y cuál es su posible uso, así como la analogía

con la flora europea tanto en la descripción como, en el nombre. Sobre todo en el caso de Feuillée. quien casi siempre da un nombre nuevo según se parece la forma de una planta con otra del Viejo Mundo.

La dinámica que interesa en la formación del conocimiento llevado a cabo por Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Louis Feuillée y Amédée Frezier enseña un conocimiento que parece tomar distancia paulatinamente del contexto ambiental y social de procedencia: por un proceso de abstracción racional, por el desarrollo de un específico “setting epistémico y comunicativo” (Brendecke, 2016). La naturaleza y la comunidad social se vacían de sus conocimientos conocidos y, al revés, se vuelven en un lugar de conocimientos ignorados. En otras palabras, el conocimiento natural-humano, cuando es conocido, ya no parece pertenecer a su propio contexto, mientras que la naturaleza como lugar físico y la comunidad local figuran, principalmente, en cuanto ignorados y no conocidos. Ese es el caso del jesuita Ovalle, que significativamente precisa antes de describir las plantas sanadoras que “ay muchas yeruas muy medicinales, y de grandes virtudes conocidas solamente de los Indios que llaman machis, que son sus medicos, las quales las occultan particularmente de los Españoles, a quienes por grande amistad comunican la virtud de una, ó otra, reseruardo para si la sciencia de las demas” (1646a: 5). Pensamiento que después, hablando de los árboles, reitera, afirmando que hay “otros arboles, y matas de raras virtudes para curar varias enfermedades, de que tiene los Indios grande conocimiento, y hazen admirables experiencias” (Ibídem: 56-57). Sobre la cantidad de hierbas curativas afirma luego que, si “quisiera referirlas fuera menester hazer un libro de solo esto” y, en general, que “si huuiera de referirlas, seria hazer aqui otro Dioscorides” (Ibídem: 6-7). La misma idea, la misma relación entre el médico griego (autor de la más importante *Materia Medica* de la antigüedad y la edad media), y la variedad de plantas sanadoras, se encuentra también en los primeros renglones en que Diego de Rosales introduce las hierbas sanadoras: “nueva ocupación tubiera el principe de los erbolarios, Dioscorides, en inquirir y conocer los secretos de las admirables virtudes de las muchas yerbas que produce este fertilisimo Reyno de Chile, en que se abentaxa a otros muchos, aptissimas todas y efficaces para conservar la vida y restaurar la salud quebrada” (1877;i:231).

Más allá del vínculo estricto que hay, evidentemente, entre los dos jesuitas, Ovalle y Rosales, el dato más importante es que también este último relaciona el gran valor, en términos cuantitativos y cualitativos, de la flora medicinal con su desconocimiento. La diferencia con el santiaguino es que ese conocimiento ignorado no pertenece a una sociedad, a una cultura, sino queda como no conocido, como un saber potencial: “aviendo venido a la ciudad de Santiago de Chile un medico frances, grande erbolario y docto en

su facultad, se admiraba de ver a cada paso tantas y tan excelentes yerbas medicinales, y decia: que no avian menester los que habitaban en esta tierra boticas ni medicinas, porque en las yerbas, si las conocieran, tenían quanto pudieran desear” (Ibídem: 232). En la concepción potencial de este saber se atribuye así a la naturaleza misma la posibilidad de entregar remedios para las enfermedades, mediante su investigación.

Volviendo a las obras de los franceses, es bastante curioso encontrar también en ambos autores las mismas consideraciones: Feuillée describe que en las plantas se halla un tesoro más rico e importante que el oro del Perú y admite haber estudiado la flora para “intentar por medio de los indios descubrir el uso y las propiedades”, manifestando así por un lado sus intenciones científicas, y por otro, la idea de un conocimiento guardado por la cultura indígena (1714;i:7). Ese mismo pensamiento, quizás de forma más clara, lo repite cuando empieza a describir las plantas medicinales, afirmando que va a describir las plantas más usadas y el uso de los habitantes que las conocen por “instinto natural” (1714;ii:272). En el cura francés se puede observar que, si bien reportó el conocimiento indígena, todavía quedan otras plantas, otros saberes por conocer, porque él precisa no haber señalado todas las plantas, sino solo las más usadas, repitiendo así la misma cautela de Ovalle. También Frezier, refiriéndose a la “CachinLagua”, afirma que “sin embargo, las montañas están cubiertas de hierbas, entre las que hay muchas aromáticas y medicinales” (1716: 106). En todos esos autores se constata que tanto en la naturaleza como en la comunidad social se encuentra un saber que, quizás un poco menos en Feuillée, queda como no conocido, pero no se configura como un espacio de obscuridad, sino más bien como un ambiente de posibilidades, en cuanto quien conozca las plantas (el Dioscórides de Ovalle y Rosales) o quien reciba por amistad el conocimiento secreto de los indígenas (Ovalle, 1646a: 6), puede llegar a saber usar las plantas chilenas como remedios terapéuticos.

4. Consideraciones finales

El conocimiento sobre las plantas medicinales, como lo que se ha descrito y problematizado aquí, por lo menos, revela su historicidad y sus dinámicas culturales que reflejan y moldean la experiencia entre la naturaleza y la sociedad. Entre los siglos XVII y XVIII se acentúa un interés hacia la nueva flora chilena, seguido por una disminución de su valor curativo, no en términos absolutos, sino más bien respecto al admirable poder medicinal de las hierbas: en los dos escritores franceses ya no es más algo extraordinario general y difuso. Esa disminución de su valor terapéutico se puede relacionar a una creciente importancia de sus aspectos morfológicos: en relación con eso se pone en relevancia cómo se forma, cómo se justifica y se argumenta el conocimiento de las plantas medicinales. Los aspectos botánicos

stricto sensu se relacionan por analogía y semejanza principalmente con las plantas europeas, mientras que el saber codificado, bibliográfico asume un papel siempre menos relevante en favor del saber local.

Si la flora nativa y los saberes médicos indígenas relacionados se vuelven más importantes, ¿cuál es el foco de interés de la cultura letrada moderna? Entrecruzando el conocimiento con la ignorancia, se ha visto que el tema que adquiere más relevancia es el nombre, más que el lugar donde crece una planta o un árbol, menos aún donde se usa una hierba o quien la usa. El saber se condensa en su nombre, haciendo casi desaparecer todo lo demás, así como recuerdan los versos que cierran la novela de Umberto Eco "El nombre de la rosa": "la rosa primigenia existe solo en el nombre, solo tenemos nombres desnudos" (Eco 1980: 380). La dinámica que se desarrolla entonces es que, al interés hacia la nueva flora, a los saberes locales y a sus posibles usos medicinales (y juntos a esos, económicos y políticos) se acompaña un conocimiento que, una vez obtenido, lo que más interesa es nombrarlo, clasificarlo, más que ubicarlo o contextualizarlo. Esta trayectoria cultural aparece quizás más evidente observando como el ambiente autóctono y la comunidad local representan lo que aún no se conoce, que queda desconocido, todavía ignorado. Es ahí, para reanudar el hilo conductor del mural de Concepción mencionado al principio, que el muro del monasterio (extendiendo su significado metafórico más allá de la pertenencia al mundo de los clérigos) no es solo un detalle arquitectónico o una herencia del hortus simplicium antes

romano y después medieval, sino sobre todo un elemento cultural que distingue una manera de aproximarse, conocer y representar un ambiente humano y natural: adentro está lo que se conoce, y ya no es más parte del mundo exterior; afuera lo que no se conoce, aún presentable en su vínculo entre saberes, naturaleza y sociedad.

Las plantas sanadoras se ponen como una lente que permite enfocar la manera de aproximarse a la naturaleza que se despliega en esos primeros siglos de elaboración de un conocimiento botánico-medicinal. El alejamiento de los usos locales que connotan el desarrollo del saber codificado parece así aparearse también con un aislamiento de la naturaleza, donde el nombre se convierte en el medio de su posesión y objetivación (Singh, 2017), mostrando de ese modo como los destinos de la sociedad se entrelazan con los del ambiente.

Agradecimientos

Quisiera agradecer en especial a los profesores Fernando Venegas E. y Andrés Moreira M., quienes aportaron valiosos comentarios para el desarrollo de la investigación, que forma parte de mi tesis doctoral en la Universidad de Concepción, y a la profesora Alicia Marticorena y al profesor Roberto Rodríguez R. para su disponibilidad y preciosa ayuda. En fin, un grande aprecio va a los evaluadores, para su gran ayuda en enfocar el artículo. Agradecimientos igualmente a la Beca Doctorado Nacional 2021 ANID N° 21210819.

Referencias citadas

- Achim, M.
2011. From rustics to savants: Indigenous materia medica in eighteenth-century Mexico. *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences* 42: 275–284.
- Bishop, J.
2014. *The Role of Medicinal Plants in New Zealand's Settler Medical Culture, 1850s-1920s*. Tesis para optar el grado de Doctor en Historia, The University of Waikato, Australia.
- Brendecke, A.
2012. *Imperio e información: Funciones del saber en el dominio colonial español*. Iberoamericana, Madrid.
- Burdick, C. E.
2017. The remedies of the machi: Visualizing Chilean medicinal botanicals in Alonso de Ovalle's *Tabula geographica* (1646). *Colonial Latin American Review* 26 (3): 313–334.
- Burke, P.
2020. Response. *Journal for the History of Knowledge* 1 (7): 1–7.
- Cabello C., F.
2019. Julio Escámez Contreras y su original mural Historia de la Medicina y de la Farmacia en Chile. *Revista Médica de Chile* 147: 1190–1198.
- Cañizares-Esguerra, J.
2018. *Entangled empires: The Anglo-Iberian Atlantic, 1500-1830*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Čermáková, L., & Černá, J.
2018. Naked in the Old and the New World: Differences and Analogies in Descriptions of European and American herbae nudaee in the Sixteenth Century. *Journal of the History of Biology* 51 (1): 69–106.

- Černá, J.
2019. Escribir las cartas, contar las historias naturales. Naturaleza novohispana en la correspondencia de los jesuitas de la Provincia de Bohemia (siglos XVII-XVIII). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
- Cronon, W.
1990. Modes of Prophecy and Production. Placing Nature in History. *The Journal of American History* 76 (4): 1122-1131.
- Díaz-Forestier, J., León-Lobos, P., Marticorena, A., Celis-Díez, J. L., & Giovannini, P.
2019. Native Useful Plants of Chile. A Review and Use Patterns. *Economic Botany* XX (X): 1–15.
- Donoso Rodríguez, M.
2019. Estudio preliminar. En D. de Rosales, *Sumario de la Historia General del Reino de Chile*, pp. 13–42. Editorial Universitaria, Santiago.
- Eco, U.
1980. *Il nome della rosa*. Bompiani, Milano.
- Ferreccio Podestá, M.
1970. Presupuestos para una edición crítica de la Histórica Relación del Reino de Chile de Alonso de Ovalle. *Revista chilena de literatura* 2–3: 7–41.
- Feuillee, L.
1714. *Journal des observations physiques, mathématiques, et (...)*. chez Pierre Giffart, libraire, graveur du roy, & de l'Académie Royale de peinture & de sculpture, París.
- Feuillee, L.
1725. *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques (...)*. chez Jean Mariette, rue Saint Jacques, aux Colonnes d'Hercules, París.
- Frezier, A. F.
1716. *Relation du voyage de la mer du Sud aux côtes du Chily et du Perou (...)*. chez Jean-Geoffroy Nyon, París.
- Frezier, A. F.
1732. *Relation du voyage de la mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou (...)*. chez Nyon, Place Conty, París.
- Glacken, C. J.
1996. *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII*. Serbal, Barcelona.
- Glacken, C. J.
2017. *Genealogies of environmentalism: The lost works of Clarence Glacken*. University of Virginia Press, Charlottesville.
- Grove, R.
1996. *Green imperialism: Colonial expansion, tropical island Edens, and the origins of environmentalism, 1600-1860*. Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Jiménez, J. F., Alioto, S., Parada, M., Villar, L., Carreño, I., Muñoz, R., & Carvajal, Y.
2016. Herbolarias originarias y farmacologías modernas: Presencias, apropiaciones y devoluciones en el caso de Chile. En *Historia de los medicamentos: Apropiaciones e invenciones en Chile, Argentina y Perú*, editado por Y. Carvajal & M. J. Correa Gómez (eds.), pp. 15–52. Editorial Ocho Libros, Santiago.
- Leff, E.
2006. *Aventuras de la epistemología ambiental: De la articulación de ciencias al diálogo de saberes*. Siglo XXI, México.
- Massmann, S.
2019. Conocimiento y escritura coloniales en la obra del jesuita Alonso de Ovalle. *Literatura y Lingüística* 39: 159–171.
- Medina Cárdenas, E.
2008. Historia Médica y Sanitaria de las Plantas Medicinales Chilenas. *Anales de Historia de la Medicina* 18: 123–150.
- Mélica Muñoz-Schick, Andrés Moreira-Muñoz & Sergio Moreira Espinoza
2012. Origen del nombre de los géneros de plantas vasculares nativas de Chile y su representatividad en Chile y el mundo. *Gayana Botánica* 69 (2): 309-359.
- Mulsow, M., & Daston, L.
2019. History of Knowledge. En *Debating New Approaches to History*, editado por M. Tamm & P. Burke, pp. 159–187. Bloomsbury, Londres.
- Ostling, J., & Heidenblad, D. L.
2020. Fulfilling the Promise of the History of Knowledge: Key Approaches for the 2020s. *Journal for the History of Knowledge* 1 (3): 1–6.
- Ostling, J., Heidenblad, D. L., & Nilsson Hammar, A.
2020. *Forms of knowledge. Developing the history of knowledge*. Nordic Academic Press.
- Ovalle, A. de.
1646a. *Historica relacion del reyno de Chile (...)*. por Francisco Cavallo, Roma.
- Ovalle, A. de.
1646b. *Historica relatione del Regno di Cile (...)*. appresso Francesco Cavallo, Roma.
- Ovalle, A. de.
1646c. *Tabula geographica regni Chile* [Mapa]. F. Cavallo, Roma.

- Prieto, A.
2011. *Missionary Scientists. Jesuit science in Spanish South America, 1570-1810*. Vanderbilt University Press, Nashville.
- Prieto, A.
2016. La obra naturalista de Diego de Rosales: Un anticipo Barroco a la disputa sobre el Nuevo Mundo. *Anales de literatura chilena* 17 (26): 85–98.
- Rodríguez, R., C. Marticorena, D. Alarcón, C. Baeza, L. Cavierres, V.L. Finot, N. Fuentes, A. Kiessling, M. Mihoc, A. Pauchard, E. Ruiz, P. Sanchez & A. Marticorena.
2018. Catálogo de las plantas vasculares de Chile. *Gayana Botánica* 75 (1): 1-430.
- Rosales, D. de.
1877. *Historia general del reyno de Chile. Flandes indiano*. Imprenta del Mercurio, Santiago.
- Rosales, D. de.
2019. *Sumario de la Historia General del Reino de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Schiebinger, L.
2004. *Plants and Empire. Colonial Bioprospecting in the Atlantic World*. Harvard University Press, Cambridge-Londres.
- Singh, J.
2017. *Unthinking Mastery*. Duke University Press, Durham.
- Tacón Clavaín, A., Fernández, Ú., & Ortega, F.
2011. *El mercado de los PPNM y su papel en la conservación de la ecorregión de los bosques valdivianos*, Santiago.
- Udías Vallina, A.
2015. *Jesuit Contribution to Science: A History*. Springer, Cham-Nueva York.
- Venegas Espinoza, F.
2014. *De Tralca-mawida a Santa Juana: Despliegue Histórico de una Localidad en la Frontera del Biobío (1550-1980)*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.
- Venegas Espinoza, F.
2000. *Limache y su memoria histórica. Desde la conquista española a la llegada del ferrocarril (1541-1856)*. Imprenta La Prensa, Limache.
- Verburgt, L. M.
2020. The History of Knowledge and the Future History of Ignorance. *KNOW: A Journal on the Formation of Knowledge*, 4 (1): 1-23.